

## CAPÍTULO XXXVII

### Ojeada general sobre la época XIII.

Hace pocos años consideraban los astrónomos como fija una estrella de la constelación del Cisne, y ahora se ha demostrado que cada año se inclina en línea recta más de cinco segundos, es decir, recorre en un espacio de tiempo inapreciable, cuarenta millones de millones de leguas.

Lectores: hemos concluido de describir la edad media: decid si alguna vez se ha descrito de esta manera. El que atiende, no tanto á las vicisitudes de los reyes como á los intereses de los pueblos, debía comprender la importancia de esta época; el que mira no sólo á los héroes homicidas, sino á los benéficos, no podía pintarla como un campo perpétuo de ignorancia, violencia y desorden (1). Aquella confusión de donde hemos partido, y que impedía á los ojos vertiginosos seguir su curso y prever su resultado, cesó; el feudalismo ha cumplido su destino y le han cumplido también los comunes, principiando con el nombre del renacimiento una nueva época, muy diferente de aquella en que los invasores septentrionales sorprendieron á la Europa.

Estos fueron los que trastornaron de tal manera la sociedad romana, que las familias prevalecieron sobre el Estado. De estas familias, las de los vencedores estaban separadas de las de los vencidos á la manera de dominadores; las más poderosas formaban una imperfecta fede-

(1) Las bestias estúpidas de la edad media. *Botata*, XI, al final.

ración, y á ella estaban sujetas todas las otras clases. Por consecuencia, las leyes políticas tomaron algunos caracteres de las civiles, y éstas algunos de las políticas, porque la soberanía era una consecuencia inmediata de la posesión de las tierras. No se hallaba entre ellas nacionalidad, y sus relaciones estaban circunscritas á sus posesiones; perdían importancia las ciudades, centro de cultura y de acción; la existencia libre y la actividad meramente humana no era absorbida en el movimiento de la vida pública, ni los grandes Estados arrastraban tras sí á los pueblos menos poderosos, ni á los ciudadanos aislados.

Sólo las leyes religiosas, que se habían conservado independientes del poder civil, y que permanecían vivas después que éste se había extinguido, se extendieron naturalmente y ofrecieron un sistema racional, á diferencia del feudalismo, que no se fundaba sino en la conservación de los vencedores, con perjuicio de los vencidos, midiendo el grado del castigo, no según las circunstancias y la intención del delincuente, sino según la posición que ocupaba.

Los Comunes aumentaron estas familias, haciendo pertenecer á ellos también á los que nada poseían, con tal que habitasen en la ciudad; esta determinación fué apoyada por los gremios y las sociedades de artistas, de lo cual se pasaba fácilmente á la idea de un poder público, y se formaban estatutos y después códigos, no derivados de un principio filosófico, sino de las relaciones sociales. La legislación canónica fa-



vorecía este propósito, asegurando el centro universal del mundo cristiano. Al sustituir los reyes á los señores feudales, extendieron la familia, hasta abrazar todos los que habitaban en los espacios terminados por la naturaleza.

De aquí en adelante las naciones están fijadas en un territorio, bien regidas y educadas; la individualidad de cada una de ellas está completa; los pueblos y los gobiernos se dirigen hácia un centro, separando lo que había en la sociedad de demasiado local y particular. Mueren las antiguas instituciones de Europa, y mientras todo había ido separándose ántes de Carlomagno, luego todo tiende á unirse: existen reinos más vastos, ideas más generales, intereses más extensos, más fuerza y estabilidad en los gobiernos. Las naciones adquieren un carácter distinto, según la diversa forma que en cada una toma la inmigración de los pueblos ó la conquista, modificada después por las cruzadas, por la caballería y por los Comunes. Godos y muzárabes se convierten en españoles, y la lucha de tantos siglos que sostuvieron, no para conquistar, sino para defenderse, los hace graves y orgullosos.

Los elementos anglo-sajones y normandos, que se encontraban frente á frente en Inglaterra, engendran el gobierno, como la lengua y el carácter que se desarrollan en la caballería guerra de Francia y en la homicida contienda de las Dos Rosas. En Francia la civilización romana modifica de tal modo la germánica, que hace que los franceses sean considerados como enteramente distintos de los alemanes. Al contrario, la Alemania se descompone en innumerables soberanías, que rivalizando entre sí y negándose á todas las avenencias intentadas, rebajan aquella importancia que tenía el reino en la edad media, y le hacen servir para satisfacer ambiciones de familia é intrigas de gente astuta, y dar preponderancia á los barones.

El Norte no tomó parte en las Cruzadas ni en la caballería, por lo cual se desenvuelve según su naturaleza original y según sus relaciones en el Asia y la cultura que recibe del Occidente y del Mediodía de Europa. La liga Anseática prevalece tanto, que casi aniquila

las tres potencias escandinavas, que aún permanecen, puede decirse, extrañas al sistema europeo. Hungría, Bohemia y Polonia se engrandecen y brillan con el poder y la gloria. Se borran de Europa las huellas de los mogoles, y desembarazándose Rusia del yugo que éstos colocaron sobre su cuello, pone de manifiesto las fuerzas que después empleará en esclavizar y civilizar á tantas naciones.

Tamerlan es el último meteoro que salió del corazón del Asia para trastornar la Europa, y su presencia detiene el torrente otomano, que podía ser perjudicial á ésta ántes que se consolidasen las naciones, y cuando los feudatarios se hacían la guerra unos á otros, la Francia á Inglaterra, y los rusos á los polacos y mogoles. El buddismo, difundido por los pueblos de las alturas centrales de Asia, modera las costumbres; el nuevo giro que toma el comercio, los obliga á buscar medios de sostenerse de otra manera; dejan de andar de un punto á otro, y los nuevos Estados formados en los confines occidentales impiden las travesías de una á otra costa, por lo cual desaparecen, unos uniéndose á la civilización occidental, y otros á la de China. Si prescindimos de los rusos, ya no hay bárbaros en Europa; la larga lucha de los héroes españoles ha sido coronada del triunfo; por oponerse la Hungría á los turcos, se une á la república europea y deja de ser oriental; recibe colonias alemanas y cultura italiana, de tal manera que en tiempo de Matías Corvino se despoja hasta con exceso de su carácter nacional.

Los musulmanes, que se apoderan por desgracia del país más hermoso de Europa, solo pueden llamarse bárbaros, comparándolos con otro pueblo más culto, porque por lo demás habían recogido los frutos de la civilización árabe y persa, y el gran poder marítimo y comercial que desplegaron nos impide compararlos con las naciones que invadieron antiguamente el pueblo romano. Verdad es que su sensual orgullo, en el cual se funda su religión, no les permite progresar, y que además, siendo conquistadores, devastaban, hacían esclavos y vejaban con tributos. Las circunstancias de los pueblos confinantes son la causa del rápido au-





mento de su poder, así como de su actual conservación despues de haber cesado las condiciones de su existencia. La Rusia era esclava de los extranjeros, Italia estaba celosa de sí misma, el Austria debilitaba á Hungría por el deseo de engrandecerse. Si los musulmanes, poseyendo las costas del Mediterráneo y del archipiélago, hubiesen reducido á bajalatos la Polonia, la Hungría y la Alemania, ¿en cuán estrechos límites hubieran encerrado la civilización europea!

La necesidad de resistir á aquellos nuevos invasores devolvió por un momento á la república cristiana aquella unidad, de deseos á lo ménos, que parecía haber olvidado con las cruzadas. De aquí el poder de la casa de Austria, que necesitaba oponer á aquel torrente una sólida muralla por hallarse sus posesiones en primera línea. Habiendo convertido en patrimonio suyo el imperio germánico, cobró nuevo vigor, de modo que la Alemania parecía de nuevo poderosa. El magnífico drama de las contiendas entre Güelfos y Gibelinos se convirtió, es verdad, en luchas parciales entre las familias bávara, bohema y austriaca; pero en medio de la abyección de sus jefes ¡cuán grande era la nación! En Prusia funda un nuevo señorío; cambia la Silesia de eslava en alemana; descubre minas en Sajonia, en Hungría y en Transilvania; cubre de naves el Báltico; en las ligas de los suizos y de los anseáticos hace resucitar el espíritu de asociación, que ya era comun en las tribus originarias, y extiende la civilización y el cristianismo á las riberas del Báltico.

En Italia las mil pequeñas repúblicas, tan útiles para difundir las luces y el movimiento, se van reduciendo; y sólo piensan en equilibrarse, mientras hay quien las amenaza con el exterminio. El hecho más notable de Francia consiste en que el rey se acerca cada vez más al poder absoluto, secundado por la posición de la capital y por el oportuno establecimiento de los ejércitos permanentes. El último gran ducado llega á ser un nuevo diamante de la corona, y establecida la unidad territorial, era consecuencia inmediata la unidad de lengua, de jurisdicción, de administración y de todo lo perteneciente á la Iglesia. La nación inglesa en

la guerra de Francia se mostró valiente en aquel ejército que luego volvió contra sí misma en la lucha de las Dos Rosas, en que la aristocracia permaneció sin valor en el partido del rey; pero el desorden ofrece á Enrique VIII medio de reunir en su mano los elementos suficientes para organizar, bajo las formas antiguas, un poder sin restricción. Hasta la Iglesia misma, al declinar su autoridad universal, se ve obligada á procurarse un dominio temporal, que si al principio sólo era un accesorio, llega á ser entónces la parte real de su poder político.

La nobleza, que se habia robustecido al hacerse independiente, se habia convertido en tirana, de lo cual resultaron trastornos, reacciones y desorden, y por consiguiente, se comprendió mejor la necesidad del orden, de gobiernos fuertes, de constituciones fijas, de una autoridad represiva. En esta porfía por dominar, los reyes quieren la reunión de los reinos, y los nobles su desmembramiento; para obtener la libertad, los Comunes se agrupan al rededor del trono, y los nobles se aíslan. La invención de los fusiles, que iguala al villano con el héroe; la Santa Vehme, que dirige el puñal del plebeyo á herir al baron en medio de su castillo; los privilegios de los Comunes; la imprenta, que crea la opinión, son máquinas dirigidas contra el orden antiguo. La Jacqueira en Francia, los Watthe Tyler en Inglaterra, los Ciompi en Florencia, las compañías francas de Ruan... son manifestaciones violentas de aquella reacción, que por todas partes nace contra el poder hasta entónces dominante. La clase de los legistas nacida del vulgo, y que habia crecido en importancia, ayuda á aquella revolución. De este modo se corona la obra de los Comunes: la clase trabajadora quiere participar de las ventajas de los propietarios y asegurar un producto equitativo de sus fatigas; así los artesanos como los comerciantes, aspiran á tener una existencia independiente del baron; los príncipes favorecen la emancipación, que se convierte en conquistas para el poder, y procuran hacer dependientes también del trono á todos los habitantes de un territorio, esclavos ó nobles, ciudadanos ó aldeanos, con el título de súbditos. La noble-



za, que tiene fuerza bastante para no confesarse vencida, pero insuficiente para destruir las dinastías, recurre á las traiciones, perfidias y violencias que ponen de manifiesto su debilidad, y haciéndola aborrecer, aceleran su ruina. El entusiasmo caballeresco cesa cuando le falta el pábulo, porque si bien continúan en todo aquel siglo la cruzada de Oriente y la guerra contra los moros, estaba ya esta guerra decidida inevitablemente desde la batalla de las Navas. Cuando despues las armas se hacen venales, cuando el peon empuña el fusil, no puede ménos de sucumbir la caballería.

Podria decirse que hallándose protegidas las naciones por leyes, tribunales y constituciones, quieren, al sentirse en la edad viril, sustraerse á la tutela de las ideas y de los hombres, bajo cuya influencia habian crecido. El vulgo no siente ya aquella viva necesidad de refugiarse bajo el manto pontificio, y los reyes creen que conviene á la unidad y á la independencia aflojar los vínculos religiosos. Subyugadas las facciones intestinas y emancipados de los grandes, los reyes menoscaban los derechos de los pontífices con una guerra ménos decidida, pero más eficaz, y pretenden tener participación en las rentas de las iglesias, en los beneficios y en las dignidades; y el pueblo, que siempre se habia puesto del lado de los papas contra los reyes, se une con Eduardo III para negar el tributo al papa, con el concilio de Basilea para impugnar su infalibilidad, con Felipe el Hermoso para abofetearle.

Se proclama con los hechos la doctrina del progreso, y que pueden ser inútiles y aun perjudiciales á un siglo las instituciones á que otro debió su salvación. Con la misma idea, aunque aparentando deseo de volver á la primitiva pureza, tanto la Iglesia como los seglares se inclinan á la reforma; aquélla la prepara interiormente por medio de los concilios, y éstos exteriormente por medio de las libres doctrinas; esfuerzos que, partiendo de distinto punto, se dirigen al mismo fin, y que manifiestan su necesidad. Pero en vez de ponerse de acuerdo se combaten, y el cisma destruye todo buen orden. Las llagas del papado se expusieron, como el cadáver de César, á los ojos de

todos, envenenadas por la cólera de sus enemigos y por las disensiones de los pontífices rivales, de modo que la duda se apoderaba de los corazones más sinceros, la indiferencia de los más generosos, la desesperación de los más fuertes; el sarcasmo tenía donde entretenerse en las cosas sagradas, al paso que la superstición marchaba con ciego convencimiento hácia la desesperada creencia del próximo fin del mundo ó á la teosofía.

Eran por tanto incentivos para la corrupción así la credulidad como la incredulidad, y parecía que los papas se unian al filósofo burlesco, llenos de rabia con sus recíprocas acusaciones. Francia sopla aquel fuego, tratando de volver el papado á la tutela de Aviñon; pero entre tanto se encuentra aislada, siendo acometida como cismática por la Inglaterra, y amenazada con el oprobio de una dominación extranjera. Los concilios de Basilea y Constanza, areópagos de Europa, devuelven su importancia al Imperio, por la gran parte que en ellos tomó Sigismundo, el cual toma de las herejías pretexto ú ocasión para extinguir la nacionalidad de los pueblos disidentes.

Consolidada, pues, la paz pública, principia la guerra moral; cuando se asegura el orden político, principia el trastorno intelectual. Así que triunfó en España el esfuerzo nacional contra un enemigo comun, bajan los caracteres de su poética altura: Francia, Inglaterra, Italia, no estando ya unidas para guerras externas como durante las Cruzadas, se acometen unas á otras, y principia á extenderse por toda Europa aquel cálculo material de un equilibrio político, que sustituido á toda idea moral, causará tantas guerras como presume impedir. En Italia especialmente nace una política de guerras sordas, secretas, falaces, inspiradas por la envidia, por las disputas, por el egoísmo, y que se sirven de las intrigas más que de la fuerza. La decadencia de las antiguas costumbres afirma en aquel país el poder despótico; pero dividido, y por tanto débil, y expuesto, en primer lugar, á las disensiones civiles y á la envidia de los vecinos, y en segundo á la dominación extranjera; mientras que por el contrario, Francia, España é Inglaterra conso-